

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Diana Luz Sánchez

diluzsan80@hotmail.com

Universidad Veracruzana

Traducir en femenino: el *Cuarto propio* de Virginia

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Número 57-58, julio-diciembre 2021, pp. 54-57.

ISSN:01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Traducir en femenino: el *Cuarto propio* de Virginia

Diana Luz Sánchez

La traducción tampoco ha sido ajena a los cambios profundos en la vida de las mujeres ni a las teorías feministas generadas en las últimas décadas y, así, en los llamados estudios de traducción, han surgido reflexiones que incorporan esa perspectiva.

Hace ya casi un siglo, en 1928, Virginia Woolf forjó en su ensayo *Un cuarto propio* una frase que en adelante sería replicada de boca en boca, generación tras generación, por mujeres, y que se volvió un lema del movimiento feminista al suscitar innumerables tomas de conciencia entre sus lectoras: “para escribir novelas, una mujer debe tener dinero y un cuarto propio”.

La fórmula es increíblemente sencilla, directa y gráfica: condensa las condiciones mínimas que requieren no solo las mujeres sino, en general, cualquier ser humano para desarrollarse de manera armoniosa: libertad y medios de subsistencia. Sin embargo, a primera vista, puede también parecer enigmática, por lo que, tras enunciarla al inicio de la obra, Woolf dedicará buena parte de su luminoso ensayo a explicar cómo fue que llegó hasta ella.

El punto de partida es conocido: un grupo de alumnas de dos colegios preuniversitarios le piden que hable sobre las mujeres y la novela. Con su estilo lleno de honestidad, Virginia narra lo abrumada que se sintió por el peso de un tema tan difícil, debido a todos los prejuicios que existen en torno a las mujeres

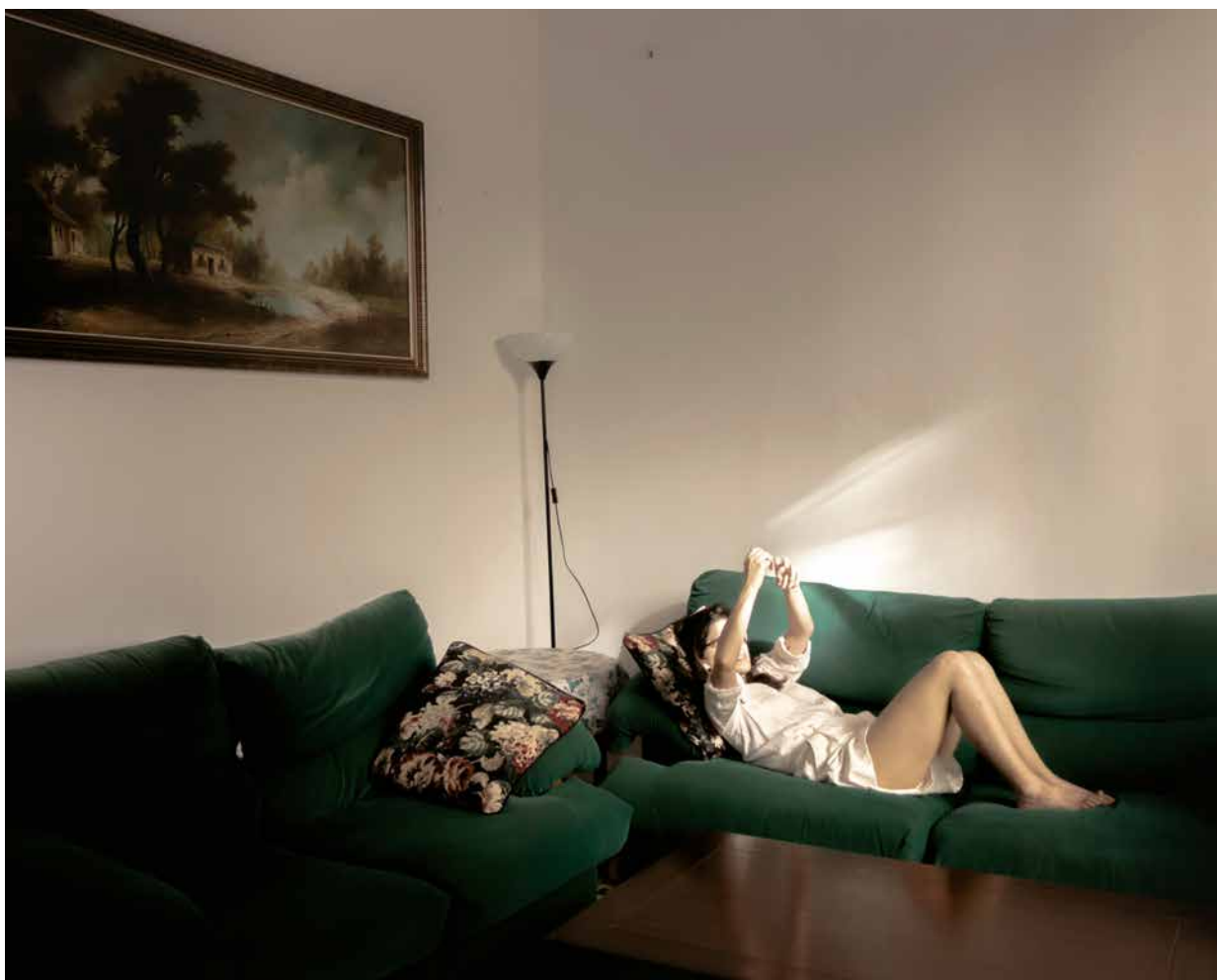
y a la novela, y por la complejidad de hablar sobre la cuestión de los sexos, que ya de por sí era controvertida incluso en aquella época.

Sus divagaciones mientras prepara la conferencia la llevan hasta la Universidad de Oxbridge (un nombre ficticio que es un guiño a Oxford y Cambridge), donde está a punto de ser “regañada” por un prefecto por haber pisado el césped –exclusivo para los *fellows*, o catedráticos, y los *scholars*–; poco después, otro empleado le impide amablemente la entrada a la biblioteca con el argumento de que “las señoras solo pueden ingresar acompañadas –nuevamente– de un *fellow* o con una carta de presentación”.

Cuando leí por primera vez el libro, estos dos sencillos ejemplos sobre situaciones aparentemente anodinas que vivían las mujeres en la época me resultaron mucho más ilustrativos que cualquier proclama feminista o argumentación teórica. Esto es en buena medida lo que hará Virginia a lo largo de la obra: simplemente, con su gran sensibilidad, nos pondrá enfrente situaciones que le causan escozor, pero que en la época estaban perfectamente normalizadas y nadie cuestionaba.

Curiosamente, en las traducciones “canónicas” al español de este pilar del feminismo, hasta hace poco se habían replicado las premisas del mundo androcéntrico. Y es que la traducción, como cualquier otra actividad humana, no está exenta de las influencias y los mecanismos de poder de su tiempo. Como señaló Michel Foucault en *Las palabras y las cosas*: “En una cultura y en un momento dados, solo hay siempre una episteme, que define las condiciones de posibilidad de todo saber, sea que se manifieste en una teoría o que quede silenciosamente investida en una práctica” (1985, 166).

Pero, por la misma razón, la traducción tampoco ha sido ajena a los cambios profundos en la vida de las mujeres ni a las teorías feministas generadas en las últimas décadas y, así, en los llamados estudios de tra-



María Teresa: De la serie *Reflexión*

ducción, han surgido reflexiones que incorporan esa perspectiva. Fue sobre todo un núcleo de escritoras, traductoras y críticas quebequenses el que, con una sensibilidad traductológica a flor de piel por vivir en un país bilingüe, inició esta vertiente en la década de 1980, dando lugar a la llamada escuela de traducción feminista canadiense. Desde entonces, la discusión ha proseguido en congresos, proyectos, redes, revistas y libros:

Cuando se habla del enfoque feminista y de género sobre la traducción, nos referimos inicialmente a la forma en que las acciones y conocimientos generados en los movimientos feministas y en los estudios de género en cuanto al señalamiento y crítica de la inequidad en las relaciones entre mujeres y hombres, y a las maneras como se construye y representa el género, pueden influir en los modos de traducir y de reflexionar sobre la traducción como noción y fenómeno general, y sobre traducciones concretas (Constantino 2019, 293).

En el presente trabajo intentaré hacer precisamente esto último, examinando desde ese enfoque algunas traducciones concretas de esta obra paradigmática del feminismo.

Un cuarto propio ha tenido en español tres traducciones principales, dos en España y una en América Latina. La primera, desde el punto de vista cronológico, se debe nada menos que a Jorge Luis Borges, quien la realizó por encargo de la escritora Silvina Ocampo, y fue publicada originalmente en la mítica Editorial Sur en 1936. Como dato curioso, en algunas entrevistas Borges declaró que la traducción la había hecho junto con su madre, Leonor Acevedo. ¿Sentido del humor borgeano?, ¿uno de sus juegos intelectuales? Es difícil saberlo. Esa traducción ha tenido numerosas reimpressiones por diferentes editoriales y es la más difundida.

La segunda traducción que analizaré fue realizada por la traductora Laura Pujol, de quien desafortunadamente no se cuenta con datos –como suele suceder con los traductores y traductoras– para la editorial

barcelonesa Seix Barral en 1967. Es una versión muy correcta, que demuestra un gran dominio del oficio, y en cierto modo también canónica pues ha sido reeditada varias veces. Aunque muestra mayor sensibilidad al punto de vista femenino al expresarse en español, sus intentos son aún tímidos.

La tercera traducción que mencionaré es la que realizó la española María-Milagros Rivera Garretas, inicialmente en 2003 para la editorial feminista Horas y HORAS y revisada en 2017 para Sabina Editorial y que decididamente adopta una postura feminista:

Yo tenía ya en 2002 mucha experiencia en la traducción y en el feminismo de la diferencia sexual y, sin embargo, tuve que tomar conciencia de hasta qué punto es difícil usar, al traducir, una lengua no sexista. Hay en una –en mí– más usos lingüísticos patriarcales inconscientes que los que yo imaginaba. Y esos usos patriarcales están en continua revisión. Por eso, la traducción que presentamos hoy y la publicada en 2003 son la misma y son distintas. Y ambas hacen otro libro, distinto de las traducciones anteriores en lengua castellana (Rivera Garretas 2018).

¿Cómo se expresa el intento por usar una lengua no sexista en esta versión? A menudo se ha utilizado la primera frase del texto en las diferentes traducciones para ejemplificarlo, porque en ella se encuentra prácticamente una “declaración de principios”. Veamos el famoso incipit de la obra y cómo se tradujo en estas tres versiones:

But, you may say, we asked you to speak about women and fiction –what, has that got to do with a room of one’s own?

Pero, dirán ustedes, nosotros le pedimos que hablara sobre las mujeres y la novela, ¿qué tendrá eso que ver con un cuarto propio? (JLB)

Pero, me diréis, le hemos pedido que nos hable de las mujeres y la novela. ¿Qué tiene eso que ver con una habitación propia? (LP)

Pero –diréis– nosotras te pedimos que hablaras de las mujeres y la novela: ¿qué tiene que ver esto con un cuarto propio? (MMRG)

Como vemos, Borges, asume que el *we* del inglés debe automáticamente traducirse como “nosotros” pese a que, como dijimos antes, las conferencias le fueron solicitadas a Virginia por un grupo de estudiantes mujeres. Pujol prefiere evitar la definición, algo totalmente válido desde el punto de vista gramatical en español pues nuestra lengua permite omitir el sujeto, pero de este modo anula la voz de esas mujeres y nos coloca

en un escenario neutro. Por último, Rivera Garretas hace totalmente explícito el sujeto femenino plural y, de entrada, le da una gran fuerza a la presencia de las solicitantes. Además, al utilizar el *tú* en “nosotras te pedimos”, hace evidente el vínculo de confianza o “sorroridad”, como se diría hoy, entre la conferencista y quienes le solicitaron la conferencia. Al respecto dice:

las traducciones anteriores, incluida la mía publicada en 2003, quitan el “nosotras”, borrando la acción política que está en el origen del texto entero y de las conferencias que lo precedieron: borra que las conferencias las organizaron mujeres para un público de mujeres y para hablar de cuestiones políticas candentes que les interesaban a ellas y querían hablar entre ellas. Borra el feminismo, aunque esto resultará ser una misión imposible. Yo lo hice por miedo de no saber demostrar que todo se había cocido entre mujeres, considerando prudencia lo que en realidad era la falacia patriarcal de la demostración (Rivera Garretas 2018).

El inglés, como sabemos, a diferencia del español, no declina el género de las palabras. Así, por ejemplo, en un grupo léxico como *the famous writer*, al traducir al castellano habría que desambiguar todas las palabras y aclarar si se trata de un hombre o una mujer: “la famosa escritora” o “el famoso escritor”. Por defecto, se acostumbra traducir en masculino. Y este pequeño cambio –enorme desde otro punto de vista– es el que introducirá Rivera Garretas al traducir “en femenino” siempre que esto sea posible: “cuando Virginia Woolf habla en primera persona o de sí misma (“una piensa”, por ejemplo) o habla de otras mujeres, de experiencias femeninas y de ciertas personificaciones, prescindiendo de la fea costumbre de reducir lo femenino a lo masculino” (9). Veamos dos ejemplos de ello:

I should never be able to fulfill what is, I understand, the first duty of a lecturer to hand you after an hour’s discourse a nugget of pure truth...

En inglés, *lecturer* puede corresponder al femenino o al masculino. Borges y Pujol lo traducen como “un conferenciante”. Pero dado el contexto ya mencionado, Rivera Garretas lo precisa como “una conferenciante”: “Nunca podría cumplir el que entiendo que es el primer deber de una conferenciante...”. Algo similar ocurre en la frase: “Os propongo, por tanto, haciendo uso de todas las libertades y licencias de una novelista...”, donde tanto Pujol como Rivera Garretas se decantan por el femenino.

Otro caso frecuente y notable es el del pronombre impersonal *one*, que en español puede traducirse

como “uno” o “una”, utilizado numerosas veces por Woolf, y que sistemáticamente Rivera Garretas convertirá en femenino a lo largo de la obra. (Como nota al margen, en mi opinión, esa insistencia no siempre es acertada: “De todos modos, cuando un tema es altamente controvertido –y toda cuestión sobre el sexo lo es–, una no puede confiar en que dirá la verdad. Una no puede más que mostrar cómo llegó a formarse la opinión que tiene. Una no puede más que darles a sus oyentes...” En este caso no era necesario repetir el pronombre, simplificación que sí hicieron tanto Borges como Pujol, con un mejor resultado.)

Si bien los cambios que introduce Rivera Garretas son muy sutiles, a base de repetirse y resonar unos con otros crean un efecto acumulativo que acabará por darle otro carácter al libro y volverlo más cercano a las lectoras del siglo XXI.

Pero no solo es cuestión de utilizar lenguaje incluyente siempre que sea posible. También habría que cuestionar soluciones que, deliberadamente o no, contribuyen a mantener el *statu quo*. Es el caso de la traducción que hace Borges del símil con un espejo, una de las más poderosas imágenes que utiliza Woolf en su obra. Se refiere a que las mujeres tradicionalmente hemos sido “espejos” en los que los hombres se reflejan más grandes de su tamaño real. Mientras que tanto Pujol como Rivera Garretas se mantienen más cerca de la frase original: “... si ellas no fueran inferiores, ellos cesarían de agrandarse” (LP); “... si ellas no fuesen inferiores, ellos dejarían de engrandecerse” (MMRG), Borges traduce: “... si ellas no fueran inferiores, ellos no serían superiores”. Al volverla más abstracta, Borges, por un lado, le resta fuerza simbólica a esta imagen y, por otro, la hace demasiado categórica.

En otro pasaje, Woolf trata de imaginar en qué podría consistir lo que esperan sus oyentes de la conferencia. Borges traduce así:

Podían significar simplemente unas observaciones sobre Fanny Burney [...] algunas eventuales ironías sobre Miss Mitford...

Pujol y Rivera Garretas lo traducen como “agudezas y “ocurrencias”, respectivamente. En inglés, Virginia utilizó el término *witticisms*, que no tiene esa connotación peyorativa que le da Borges, la cual podría reforzar el prejuicio, muy extendido, de que las mujeres no podemos hablar bien unas de otras.

Antiguamente se decía que una buena traducción era aquella donde la presencia del traductor permanecía invisible; ahora sabemos que traducir no es un

Si bien los cambios que introduce Rivera Garretas son muy sutiles, a base de repetirse y resonar unos con otros crean un efecto acumulativo que acabará por darle otro carácter al libro y volverlo más cercano a las lectoras del siglo XXI.

acto que ocurra de manera neutra y universal, sino una actividad realizada por personas concretas, cada una de las cuales imprime todos sus valores, prejuicios y visión del mundo a la hora de elegir sustantivos, adjetivos, verbos, género; al momento de subrayar o no ciertas connotaciones, incluso de modular, omitir, reducir, aumentar, etc. Por eso mismo sus elecciones pueden afectar decisivamente el texto y, de este modo, reforzar o combatir determinada postura.

Se dice que a Virginia Woolf le extrañó que Victoria Ocampo le pidiera los derechos para traducir *Un cuarto propio*, pues no entendía cómo su obra podría interesarle a alguien en Latinoamérica. Seguramente se sorprendería al ver que, casi cien años después, y pese a todo, su mensaje ha seguido llegando con éxito a las latinoamericanas –y a las hispanohablantes en general– gracias a estas versiones, y seguramente llegará aún mejor a las generaciones jóvenes ya formadas en las ideas feministas con esta nueva –que no definitiva– versión “en femenino”. **LPyH**

REFERENCIAS

- Constantino Reyes, Julia. 2019. “Traducción, feminismo y género”. En *La traducción lingüística y cultural en los procesos educativos: hacia un vocabulario interdisciplinar*, coordinado por Irlanda Villegas, Gunther Dietz y Miguel Figueroa Saavedra. Xalapa/México: UV/UNAM.
- Foucault, Michel. 1985. *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. México: Siglo XXI.
- Rivera Garretas, María-Milagros. 2018. “Un cuarto propio traducido en femenino es otro libro”. Presentación de libro, 21 de junio. Universitat de Barcelona. <http://www.ub.edu/duoda/web/es/textos/1/227/>.

Diana Luz Sánchez es editora en la UV y traductora de francés e inglés.